

fue expulsado por el Moro debido a que se emborracho y causó, instigado por Iago, un altercado en la ciudad. Iago espera despertar así los celos de Othello, haciendo pasar esta solicitud de Cassio con su mujer por pretensiones de otro tipo. Así, Iago instiga a Cassio diciéndole lo siguiente:

“La mujer de nuestro general es ahora el general. Puedo decirlo así, en sentido de que él se ha entregado y dedicado a su contemplación, fijaos, y a venerar sus cualidades y gracias. Confesaos francamente a ella; importunad su ayuda para volver a ponerlos en vuestro puesto”<sup>79</sup>.

El arquetipo está claro: el hombre adora la Belleza que hay en la mujer, lugar teofánico por excelencia. Y este arquetipo de la adoración (*‘ibāda*) de la mujer bella por parte del hombre noble lo encontramos en todas las tradiciones y toda la historia literaria de corte amatorio, y en Shakespeare es omnipresente. En la obra ‘La fierecilla domada’, por ejemplo, el seductor Petruccio conquista a la indomable Catalina alabando sus potenciales virtudes y diciéndole que por la luz con la que ve su belleza, la belleza que le hace amarla tanto, no se va a casar con nadie más. Y, como se verá, la relación de adoración no es solo unidireccional del hombre hacia la mujer, pues esta ve en el hombre también un principio único, del que se enamora también.

## **Romeo como el dios de la idolatría de Julieta**

Igual que en la literatura del sufismo, pues, también en Shakespeare encontramos historias de amantes que simbolizan el amor divino. La historia de Romeo y Julieta es

---

79 W. Shakespeare, *Othello*, Acto II, Escena II.

eterna porque el amor terrenal de los dos amantes simboliza y prefigura un amor más allá de las condiciones cambiantes y efímeras del mundo del devenir. Le dice Julieta a Romeo que si jura que él es el dios de su idolatría le creará<sup>80</sup>. Shakespeare demuestra en esta frase inocente un conocimiento sutil de la más alta metafísica, y como todo gran dramaturgo reserva su sentido oculto para quien quiera ir más allá de la superficie. Una mirada a más altura deja translucir una premisa doctrinal, expuesta en profundidad también por los grandes del sufismo como Rūmī e Ibn ‘Arabī, según la cual el amor a lo percedero sirve de vínculo para el amor por lo eterno. Si empezamos por el maestro de Konya, encontramos en el *Matnawī* el siguiente texto:

“Sentimientos de amor hacia aquello que está vestido de una forma no tienen por objeto la forma o la cara de la dama. Aquello que has venido a amar por su forma, ¿por qué lo has abandonado después de huido el espíritu? Oh amante, que te enteres de quién es (en realidad) tu amada. El rayo de sol echó su luz en la pared (de barro): la pared recibió un resplandor prestado. ¿Para qué fijar tu corazón en un pedazo de barro, oh hombre simple? Que busques y encuentres la fuente que echa luz perpetuamente. La belleza en la humanidad es como una doradura; de otro modo, ¿cómo llegó a ser un asno viejo tu amada? Ella era como un ángel, vino a ser como un demonio, porque aquel encanto en ella fue una cosa prestada. Poco a poco va quitando El aquella belleza, poco a poco va marchitándose la joven planta. Ve, anda, que recites a quienquiera a quien Nosotros otorguemos duración de días le hacemos declinar’. Que busques el corazón, no fijas en huesos tu corazón, porque esa belleza del corazón es la belleza que perdura: sus labios dan a beber del Agua

---

80 *Ibíd.*, *Romeo y Julieta*, Acto II, Escena II.

de la Vida. En verdad tanto el agua como el que da de beber y el embriagado: los tres se hacen uno cuando se hace añicos tu talismán”<sup>81</sup>.

Calderón de la Barca, nos deja una reflexión similar en forma de la canción que el personaje de la Voz canta y que dice que toda la hermosura humana es una temprana flor en la aurora de la vida, pero que debe marchitarse cuando la noche llega. Ante esta canción responde el personaje de la Hermosura:

“Que fallezca la hermosura dice una triste canción. No fallezca, no fallezca. Vuelva a su primer albor. Mas, ‘ay de mí!, que no hay rosa, de blanco o rojo color, que a las lisonjas del día, que a los halagos del sol, saque a deshojar sus hojas, que no caduque; pues no vuelve ninguna a cubrirse dentro del verde botón. Más, qué importa [...], yo soy flor hermosa de tan grande duración [...]. Si eterna soy, ¿cómo puedo fallecer?”<sup>82</sup>.

Finalmente responde la Voz:

“Que en el alma eres eterna, y en el cuerpo mortal flor”<sup>83</sup>.

Pero será nuestro maestro murciano, Ibn ‘Arabī, quien nos da la luz necesaria para comprender el enigma que encierra el texto shakesperiano. Recordemos la frase de Julieta a Romeo: <<Si juras que eres el dios de mi idolatría te creeré>>. Efectivamente, aparece aquí la noción de ídolo en relación a la pasión del amor y al tema de la adoración divina. Dice el Šayḥ al-Akbar que aunque la posición del adorador de ídolos (antiguamente a las estatuas) es claramente idólatra,

---

81 J. Rūmī, *Maznavi-i Manawi*, vol. II, Municipalidad Metropolitana de Konya, pp. 59-60 (versos 702-717).

82 Calderón de la Barca, *El gran teatro del mundo*, p. 73.

83 *Ibíd.*

sin embargo, desde un punto de vista profundo sirve también para experimentar, ni que sea de un modo erróneo y censurable, la proximidad divina.

Ibn ‘Arabī comenta al respecto un relevante versículo coránico:

“Tu Señor ha decretado que solo Lo adoréis a Él”<sup>84</sup>.

Antes de Ibn ‘Arabī esta aleya se interpretaba en el sentido de que adorar a Dios era un ‘mandato’, una ‘prescripción’, y no un ‘decreto’, y, por tanto, como toda prescripción, podía ser cumplida o no, es decir, se podía adorar a Dios o a otra cosa. Dicha interpretación, según el Šayḥ al-Akbar, pone de manifiesto una confusión grave entre el concepto de orden existenciadora (*amr taqwīn*), que no puede dejar de ser ejecutada, y la orden normativa (*amr taklīfī*), que, esta sí, puede ser desobedecida. La expresión ‘ha decretado (*qadā*) que solo lo adoréis a Él’ es una orden existenciadora, es decir, hace referencia al hecho que sólo Dios puede ser realmente adorado, que ninguna cosa, sino es Dios, es adorada por sí misma. El adorador que adora a un ídolo en realidad no está adorando al trozo de piedra, sino a Dios, pues no es posible adorar otra cosa que a Él. Ibn ‘Arabī dice al respecto:

“La Alabanza es para Dios: es a Él al que pertenecen todas las alabanzas, en todo alabador y en todo alabado”<sup>85</sup>.

Eso explica que los falsos dioses sean adorados, puesto que el objetivo en todo adorador siempre es Dios<sup>86</sup>. Queda resuelta así la frase enigmática de este drama shakesperiano,

---

84 C.17:23 (trad. de A. Guijarro). Véase Ibn ‘Arabī, *Los engarces de las sabidurías*, pp. 50, 51.

85 *Id.*, p. 64.

86 Véase la explicación de M. Chodkiewicz en *El Corán en la obra de Ibn ‘Arabī*, p. 139.

pues la adoración de Julieta, como sutilmente se dice, va dirigida al dueño de toda alabanza y adoración, no podría ser de otra forma; Romeo es un soporte para la ‘idolatría’ de Julieta, idolatría permitida que posibilita el despliegue del amor. Los amados temporales, Romeo y Julieta, son así necesarios lugares teofánicos donde se manifiesta el arquetipo del juego amoroso entre el amante y el Amado. El amor terrenal deviene el lazo para el Amor más grande. Pero sea de este lado o del otro, el Amor es único, es siempre el mismo, y la belleza de las historias de amor terrenales es precisamente esta, que esconden un amor inefable que permite ir más allá de los cuerpos efímeros y corruptibles.

Según Ibn ‘Arabī, la Belleza divina tiene dos expresiones, por una parte la Belleza de la Belleza, que son los atributos de Gracia, en este caso la belleza que Romeo ve en su amada, y por otro lado la Majestad (*jalāl*) de la Belleza, que son los atributos de Poder, por ejemplo los que Julieta ve en Romeo, o Desdémona en Othello. Así, según Ibn ‘Arabī, y contrariamente a lo que se suele creer, la Belleza de la belleza produce temor en el amante, mientras que la Majestad de la belleza produce intimidad.

En Shakespeare encontramos varios ejemplos en que se retrata el amor de la mujer por el hombre, y vemos que en varias de sus obras la mujer se refiere a su marido, en los términos de la época, como ‘su señor’. Por ejemplo encontramos un bello pasaje de Othello en el que la bella Desdémona, después de casarse con el Moro decide seguirle a la campaña militar a la que es enviado su marido, y dice que su corazón está sometido a la propia condición de su señor, pues ha visto el rostro de Othello en su ánimo, y ha consagrado su alma y su suerte al honor y las cualidades valientes de su marido<sup>87</sup>. Aquí, la belleza que antes se reconocía de forma externa por medio

---

87 Cf. W. Shakespeare, *Othello*, Acto I, Escena III

de la vista se transfiera ahora a la forma interna, de modo que se habla de una conducta bella, de un carácter noble, etc.

Shakespeare retrata así la pureza de la relación hombre-mujer o mujer-hombre, pues el primer binomio se sustenta como hemos visto en el caso de Romeo y Julieta en la teofanía de la Belleza expresada físicamente en la mujer, la cual despierta adoración y subyugación en el hombre, mientras que el segundo binomio se refiere, arquetípicamente, al concepto de Señorío divino, es decir a la relación por la cual el alma queda subyugada por su Señor. En el origen de esta relación encontramos el momento, más allá del tiempo, de la creación de las almas y del testimonio de fe que dan estas. Este episodio es conocido como ‘el día de alast’, y el Corán lo narra de la siguiente manera:

“Y cuando tu Señor sacó de los riñones de los hijos de Adán a su descendencia y les hizo atestiguar contra sí mismos: <<¿No soy yo vuestro Señor?>> Dijeron: <<Claro que sí, damos fe!>> No sea que dijerais el día de la Resurrección: <<No habíamos reparado en ello>>”<sup>88</sup>.

La adoración a Dios, simbólicamente representada por la adoración que el amado rinde a su amada, trae el servicio que la amada ofrece al amado, símbolo de la guía que el Señor (*Rabb*) ofrece a quien a Él se vuelve, conduciéndolo por el camino de retorno, pues, como dice el Corán, a Él retornamos.

Para acabar este punto, constatar que el amante que mantiene su amor a su amada, aún cuando la belleza física de esta se marchita, equivale simbólicamente al gnóstico que reconoce a Dios en toda forma y lo ama en toda forma. La amada despierta el vínculo amoroso a través de la belleza, pero luego el amante conoce a la realidad divina tras la apariencia y la ama por sí misma, sin depender de atributos externos

---

88 C. 7:172 (trad. de J. Cortés).

efímeros. Cuando comprende esto adora a *Allāh* y se postra, pues según el Corán es el medio de obtener la proximidad divina, la misma proximidad que antes esperaba obtener a través de los atributos reflejados efimaramente en el mundo. La postración llevará al alma ahora a la consecución de una proximidad real y permanente. Pues el sufí, humilde por naturaleza, pone en práctica la aleya: ‘Póstrate y acércate’<sup>89</sup>.

---

<sup>89</sup> Véase C. 95:19.